

ARTICULOS/*ARTICLES*

POSMODERNIDAD Y DESOCIALIZACIÓN: DISTINTAS APROXIMACIONES FILOSÓFICAS.

POSMODERNITY AND DESOCIALISATION. DIFFERENT PHILOSOPHICAL APPROACHES.

Diego Miranda Toledo
Instituto de Filosofía
Facultad de Psicología y Humanidades
Universidad San Sebastián, Santiago de Chile
dlmiranda@uc.cl



<https://orcid.org/0009-0007-7884-2995>

Resumen

Uno de los rasgos que mejor describen a la posmodernidad es la desocialización, entendida esta como el proceso a partir del cual los vínculos sociales se debilitan y se fraccionan en una serie de micronarrativas aisladas carentes de una significación estable y duradera. Nuestro trabajo buscará justificar esta hipótesis a partir del abordaje de un aspecto puntual de la filosofía de los autores Zygmunt Bauman, Giles Lipovetsky y Byung-Chul Han, ofreciendo de este modo una posible caracterización de los rasgos sociales que acompañan a la posmodernidad y que explican la actual crisis de socialización que esta atraviesa.

Palabras clave: Modernidad; Posmodernidad; Desocialización; Sujeto; Sociedad.

Abstract

One of the traits that best describes postmodernity is desocialization, understood as the process by which social ties weaken and break up into a series of isolated micro-narratives lacking a stable and lasting meaning. Our work will seek to justify this hypothesis by addressing a specific aspect of the philosophy of the authors Zygmunt Bauman, Giles Lipovetsky and Byung-Chul Han, thus offering a possible characterization of the societal traits that accompany postmodernity and that explain the current crisis of socialization that it is going through.

Keywords: Modernity; Postmodernity; Desocialization; Subject; Society.

Introducción

Pese a que hay quienes consideran que en los últimos años el tema de la posmodernidad ha caído en el olvido (Follari, 2010) y la irrelevancia (Cotarelo, 2014), a nuestro entender, y desde que Lyotard lo introdujera bajo la idea de la era del fin de los grandes relatos (Lyotard, 1987), la pregunta por la posmodernidad ha suscitado una serie de reflexiones y debates totalmente actuales que permiten dar cuenta de su absoluta vigencia como problema filosófico. En este sentido se ha buscado constantemente determinar a que nos referimos con posmodernidad (Puentes, 2022) cuáles son sus características fundamentales (Herrera, 2000) y que sujeto es el que surge de ella (Magallón, 2013). En esta línea autores han sostenido que la característica más preclara de la posmodernidad y de la crisis que la acompaña consistiría en lo que se ha dado a llamar *desocialización* (Fforde, 2013 y Rodríguez-López, 2024). ¿Qué implica esta desocialización y como entenderla? ¿en qué sentido se la puede considerar el rasgo más característico de la posmodernidad? ¿cómo realizar, desde la filosofía, un abordaje de sus aspectos fundamentales? Nuestro trabajo se propone aventurar posibles respuestas a estas preguntas a partir de una lectura filosófica orientada por aspectos específicos y puntuales de la perspectiva de distintos autores que han reflexionado en torno a la posmodernidad y han ofrecido miradas complementarias en torno a ella. Nos referimos a las nociones de *modernidad líquida* del filósofo polaco Zygmunt Bauman, *sociedad narcisista* del pensador francés Giles Lipovetsky y *sociedad desnarrativizada* del autor alemán de origen surcoreano Byung-Chul Han.

De esta manera, el itinerario que seguiremos en nuestro trabajo será el siguiente: Comenzaremos con una breve reseña de los aspectos más representativos que marcaron el paso de la modernidad a la posmodernidad. A continuación, propondremos la lectura epocal del filósofo polaco Zygmunt Bauman expresada en su noción de modernidad líquida. Posteriormente, dejaremos que la perspectiva filosófica de Giles Lipovetsky y su noción de sociedad narcisista guíe nuestra propuesta para, finalmente, dar la palabra al filósofo Byung-Chul Han quien, con su abordaje de la crisis de la narración, complementará las reflexiones analizadas hasta ese momento. De este modo estaremos en condiciones de ofrecer perspectivas profundas y complementarias a fin de entender mejor la posmodernidad y la crisis de desocialización que la caracteriza, constatando de este modo la total relevancia filosófica del tema.

De la modernidad a la posmodernidad

La modernidad correspondió a un período histórico que estuvo marcado por una incesante y cada vez más vertiginosa serie de cambios en el seno de las sociedades. Las revoluciones políticas, técnicas, culturales, sociales y filosóficas atravesaron constantemente su línea del tiempo. Esto repercutió decisivamente en todos los aspectos en los cuales se despliega la existencia humana y se configura la sociedad. No hubo área de la vida que no se viera impactada profundamente por esta nueva configuración epocal. Cambios sociales, políticos, técnicos, industriales y económicos acompañaron una serie de procesos que hicieron que la consistencia centenaria, que había emergido como una de las mejores y más evidentes conquistas de la Edad media, entrara en crisis. Esto llevó a una pérdida de la estabilidad ontológica del individuo con la consiguiente disolución de su identidad unitaria. De esta manera con la modernidad, la naturaleza humana, antes considerada como estable y permanente, dada, indisoluble y segura, pasó a ser una tarea obligada, vale decir, una construcción en ejercicio; cada vez más desprovista de los referentes colectivos que brindaban una guía de actuación (González, 2007). De este modo el sujeto moderno, ya sin esos soportes milenarios que le habían dado firmeza y estabilidad, se encontró a la deriva en la búsqueda de nuevas certezas a las que aferrarse.

Junto a esto, y fruto de la industrialización, la modernidad también estuvo marcada por el aumento en la movilidad humana y el éxodo masivo de población del campo a la ciudad. Este proceso de urbanización acelerada debilitó fuertemente los lazos comunitarios que daban al individuo identidad y sentido de pertenencia. De este modo, en las

sociedades modernas las personas pasaron a depender de instituciones cada vez más impersonales. Esto repercutió en una fragmentación de las relaciones sociales, llevando a lo que Charles Taylor denominó *atomismo social* (Taylor, 1994)¹. Todos estos cambios fueron haciendo crecer la sensación de anonimato y alienación que acompañó al sujeto moderno. El individuo, al ir perdiendo sus puntos de referencia para posicionarse en el mundo, fue experimentándose cada vez más desconectado, no sólo de los demás, sino también de sí mismo. En ese mundo moderno, dominado por la lógicas científicas y subjetivistas del mercado y la eficiencia, los sujetos fueron vivenciando cada vez con mayor fuerza un sentimiento de vacío y desafección que los llevó a buscar nuevos lugares e instancias para su autoafirmación. De este modo, comenzaron a surgir nuevas lógicas sociales que fueron determinando la manera en que los sujetos se vinculaban entre sí. El sujeto moderno, en lugar de ser visto en su individualidad como un ser único e irrepetible, comenzó a ser considerado como un sujeto genérico, en tanto se buscaba definirlo a partir de modelos de comportamiento y pensamiento ideales y preestablecidos los cuales, inevitablemente, comenzaron a presentarlo de manera abstracta. De este modo, y en la búsqueda de aferrar el individuo en una configuración estable, emergen nociones que, si bien le permitían encontrarse dentro de un marco determinado, le quitaban inexorablemente su particularidad. Conceptos genéricos y abstractos como Súbdito (Hobbes), Rebaño (Nietzsche), Sujeto trascendental (Kant), Sujeto alienado (Marx), entre otros, se instalan en la modernidad y desplazan al sujeto concreto reemplazándolo por una abstracción. Es aquí donde el paso de la modernidad a la posmodernidad va a encontrar su más clara expresión. Y es que si la modernidad se articuló a partir de la representación de realidades fundadoras (Pallarés y Chivas, 2018), la postmodernidad se fue configurando a partir de la crisis generada por una desconfianza hacia los metas relatos que emergían como lugares de legitimación del conocimiento, la cultura y el saber (Lyotard, 1987). Será precisamente esta inestabilidad moderna la que ofrecerá el marco desde el cual entender a la posmodernidad.

Si bien hay quienes consideran el correlato entre modernidad y posmodernidad en clave de rompimiento (Flores y Villalobos, 2006), superposición (Vattimo, 1985²) o incluso distancia cultural (Guzmán,

¹ Cfr. Taylor 1994, 92.

² Vattimo va a sostener que el “post” de la posmodernidad, es “espacial” antes que “temporal” (Vattimo, 1985), vale decir, la posmodernidad, más ser la etapa sucesiva a la

2004), otros autores sostendrán que es posible verificar tanto líneas de continuidad como de discontinuidad entre ambos períodos (Ruiz, 2010). No obstante estas posibles lecturas, y pese a que la posmodernidad no apareció en el mundo de manera uniforme y simultánea (Medina, 2010) para Inglehart (1994) el paso de la modernidad a la posmodernidad se puede resumir en cinco aspectos esenciales que dan cierta unidad al fenómeno:

1. El paso de valores de escasez a valores postmodernos de seguridad
2. Una menor eficiencia y aceptación de la autoridad burocrática
3. El rechazo del modelo occidental y el colapso de la alternativa socialista
4. Una mayor importancia de la libertad individual y la experiencia emocional y un rechazo de toda forma de autoridad.
5. Disminución del prestigio de la ciencia, la tecnología y la racionalidad.

Todos estos rasgos van a tener como cauce natural y, diríamos, inevitable, un proceso de desocialización caracterizado fundamentalmente por los siguientes rasgos (Fforde, 2013):

- a. Quedan gravemente comprometidos los mecanismos de cohesión social
- b. Las potencialidades del alma de formar comunidad auténtica quedan fuertemente frustradas
- c. El individuo es sometido a presiones que lo impulsan a vivir una constante situación de anomia.
- d. Se verifica una pérdida y empobrecimiento de los vínculos sociales, con la consiguiente disminución del sentido comunitario.

Estas características resumen la marcada tendencia a la desocialización en la que se ven insertos tanto la sociedad posmoderna como el sujeto posmoderno y que explican, al menos en parte, la crisis de representación e institucionalidad que atraviesa actualmente la sociedad. Con el objeto de comprender más en profundidad esta crisis posmoderna de desocialización pondremos a continuación la mirada en algunos

modernidad, vendría a ser el momento histórico que se posiciona *sobre* la modernidad (Vásquez, 2011).

aspectos puntuales de la perspectiva de tres filósofos que han hecho aportes sustanciales a los debates en torno a la posmodernidad y que, a nuestro entender, iluminan lúcidamente la reflexión.

Bauman y la modernidad líquida

Comenzaremos este recorrido con la reflexión realizada por el sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman, quien ha ofrecido uno de los más célebres análisis de la sociedad posmoderna. Su ya a estas alturas icónica imagen de la *Modernidad líquida* emerge como una de las metáforas más lúcidas para comprender y explicar, de manera plástica, las lógicas a partir de las cuales se presenta y despliega, culturalmente, el mundo que nos circunda (Arenas, 2011). Para el autor, los rasgos que mejor definen a la sociedad actual son la fluidez y la velocidad con que se mueven las identidades que la componen (Chapsal, 2022). Esto ha quedado expresado con la imagen de *lo líquido y lo fluido*³ que caracterizaría, no sólo a la sociedad posmoderna, sino también al sujeto posmoderno y a todos los vínculos sociales a partir de los que este se despliega⁴. Por esto, en su opinión, se podría hablar propiamente de sociedad líquida, amor líquido, educación líquida, política líquida, ética líquida, en definitiva, vida líquida. Esta fluidez, propia de la actual sociedad, influye de manera decisiva en la formación de una nueva identidad del sujeto posmoderno. Leemos en este sentido al autor:

Sería imprudente negar o menospreciar el profundo cambio que el advenimiento de la "modernidad fluida" ha impuesto a la condición humana. El hecho de que la estructura sistémica se haya vuelto remota e inalcanzable, combinado con el estado fluido y desestructurado del encuadre de la política de vida, ha cambiado la condición humana de modo radical y exige repensar los viejos conceptos que solían enmarcar su discurso narrativo (Bauman 2020, 13).

La Modernidad líquida emerge para Bauman, por tanto, como ese tiempo sin certezas (Vásquez, 2008) en donde la vida se desregula en todos sus ámbitos (García-Valdecasas, 2017). Esto porque la vida y modernidad líquidas están profundamente implicadas⁵ en tanto esta vida líquida, constituida por una serie interminable de finales sucesivos, lleva al

³ Cf. Bauman 2020, 8

⁴ Ibid

⁵ Cf. Bauman 2005, 9.

desarraigo e impide el establecimiento de procesos significativos y duraderos, dando paso a una desaparición de la vida pública y de los espacios para el despliegue ciudadano:

En el espacio público hay cada vez menos temas públicos. Fracasa a la hora de cumplir su pasado rol de lugar de encuentro y diálogo entre problemas privados y asuntos públicos. Víctimas de las presiones individualizadoras, los individuos están siendo progresiva pero sistemáticamente despojados de la armadura protectora de su ciudadanía y expropiados de su habilidad e interés de ciudadanos (Bauman 2020, 46).

De este modo, en la era del fin de los grandes relatos (Lyotard, 1987), del fin de la historia (Fukuyama, 1992) y del fin la ideología (Bell, 2015), la única narración que vale es la que cuenta la historia de finales que nunca son finales decisivos, sino simplemente eslabones de una cadena de finales interminables. Si desaparece el interés ciudadano, la sociedad se vacía de contenido y de certezas. De este modo, uno de los rasgos más identitarios de esta vida líquida en el mundo actual y del sujeto que de ella surge es la constante incertidumbre en que se despliega su proyecto vital⁶. Esto lleva al desarraigo constante de todo lo que pueda aferrarnos a un pasado, a un futuro, a una certeza, a una estabilidad. No hay espacio para detenernos o para reposar la mirada en el horizonte. Aquí emerge una característica central de la vida líquida, que el autor denomina *destrucción creativa*⁷, en donde no sólo se destruye lo no líquido, sino que también se atenta contra la vida misma de los seres humanos que se encuentran insertos en esta dinámica ininterrumpidamente destructiva. Esta lógica está caracterizada, en gran medida, por el consumo. La vida en la sociedad líquida, que es inevitablemente devoradora, encuentra en el consumo su máxima representación de lo líquido. El febril consumismo y el sujeto consumidor emergen precisamente como momentos líquidos de una permanente autoafirmación pasajera. La utilidad fugaz que caracteriza a los objetos de consumo emerge como una de las mejores representaciones de la vida líquida. Aquí surge una constatación con profundo alcance antropológico: la vida líquida empuja al ser humano a una interminable búsqueda de satisfacción momentánea. Para lograr esto debe posicionar al individuo frente a sí mismo en clave de autocrítica constante y de insatisfacción permanente, transformando en

⁶ Cf. Bauman 2015, 23.

⁷ Cf. Bauman 2005, 11-12.

instrumentales todas las relaciones a partir de las cuales el individuo se despliega en el mundo. Nada tiene valor en sí mismo, sino que más bien todo está a merced de ese descarte constante que exigen las lógicas de la vida líquida⁸. Este nuevo escenario con alcances antropológicos explica, para Bauman, el desinterés social que aqueja a la sociedad moderna líquida. Ya no hay referencia posible a la vida buena que no esté orientada al disfrute egocéntrico. Esto decanta en la pérdida de todo sentido de lo común, de lo público, de lo social. No hay espacio para una vida comunitaria en la modernidad líquida, pues la comunidad es un proceso que la posmodernidad no tiene la paciencia para generar. Ya no hay reformas sociales que se busquen por sí mismas o se proyecten al futuro, sino más bien sólo se atiende a la constante y fluida autoreforma, donde el otro, el distinto, pasa a ser un peligro del que hay que estar siempre protegidos y resguardados. Aquí la felicidad ya no es posible fuera del ámbito de lo egocéntrico y lo pasajero, quedando atrapadas la sociedad moderna y la vida líquida en un círculo autorreferencial perpetuo e ininterrumpido del cual no es posible salir⁹. En la sociedad posmoderna solo es posible una felicidad líquida que es, ante todo, apariencia de felicidad. Es en este aspecto en donde surge una de las características más propias de la vida líquida en lo que a la configuración comunitaria se refiere. Y es que, si el sujeto que vive esta vida líquida es alguien que refuerza, ante todo, su individualidad, lo que aquí va a gestarse será un nuevo espíritu de masa, determinado por la vigilancia que el colectivo ejerce sobre cada uno de los miembros de la sociedad líquida. Ser un individuo es, bajo esta lógica, no ser auténtico y original, sino más bien idéntico a los demás. En la sociedad líquida no hay espacio para ser uno mismo, sino que más bien el modo de ser de esta asociatividad está dado por la identificación colectiva, proceso que se lleva adelante mediante procedimientos que promueven una constante autorreferencialidad. En este marco de relacionalidad no es posible materializar proyectos comunitarios, horizontes de sentido, propuestas participativas. En la vida líquida, consagrada al consumo, no hay lugar para las narrativas aportadoras de sentido, para los héroes y los mártires, pues sólo hay espacio para la satisfacción individual¹⁰. Lo que desaparece en definitiva en la sociedad líquida es el sentido de lo comunitario, siendo reemplazado por una aparente felicidad instantánea e individualista marcada por la fiebre

⁸ Cf. Ibid, 21.

⁹ Ibid, 22.

¹⁰ Ibid, 65.

consumista que se transforma en la más marcada lógica identitaria del sujeto¹¹. Esta gratificación instantánea y esta búsqueda de felicidad individual decantan en una sociedad que hace muy difícil el establecimiento de lógicas societales tendientes a afianzar proyectos con sentido y orientación comunitaria. Si todo es líquido y nada es duradero, no hay espacio para forjar comunidad y lugares de sentido. Por lo tanto, los principales instrumentos que utilizan las nuevas dinámicas del poder en la modernidad líquida para desintegrar la trama social serán el descompromiso y el arte de la huida, explicadas por nuestro autor en los siguientes términos:

La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva suelen señalarse con gran ansiedad y justificarse como "efecto colateral" anticipado de la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo. Pero la desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar (Bauman 2020, 19-20).

De este modo desaparece lo público absorbido, casi totalmente, por lo privado¹² y el capitalismo, como paradigma homogéneo y unidimensional, orienta toda la vida de los individuos al consumo y a la forja de no-lugares y espacios vacíos, en donde desaparecen la comunicación, la negociación y los compromisos mutuos reemplazados por la fragilidad y fluidez de los vínculos sociales¹³. Se pasa así de la insoportable levedad del ser (Kundera, 1984) a la seductora levedad del

¹¹ Ibid.

¹² Cf. Bauman 2020, 42.

¹³ Ibid, 117.

ser (Bauman, 2020). La vida, de este modo, se vuelve instantánea e insípida¹⁴ es decir, se pierde el valor de lo durable y se acentúa el valor de lo momentáneo como elección más racional¹⁵. Por lo tanto, todos los vínculos sociales se vuelven frágiles y temporales, en tanto la misma esencia de la sociedad posmoderna demanda que las máximas funcionales al sistema sean inmediatas y líquidas:

Si los vínculos humanos, como el resto de los objetos de consumo, no necesitan ser contruidos con esfuerzos prolongados y sacrificios ocasionales, sino que son algo cuya satisfacción inmediata, instantánea, uno espera en el momento de la compra y algo que uno rechaza si no satisface, algo que se conserva y utiliza sólo mientras continúa gratificando (y nunca después), entonces no tiene sentido "tirar margaritas a los chanchos" intentando salvar esa relación, con más y más desgaste de energías cada vez, y menos aún sufrir las inquietudes e incomodidades que esto implica. Hasta el más mínimo traspie puede hacer colapsar esa sociedad y quebrarla; los desacuerdos más triviales se transforman en amargas disputas, las fricciones más leves son tomadas como señales de una esencial e irreparable incompatibilidad (Bauman 2020, 174).

Esta incompatibilidad de lo estable con lo líquido y fluido decreta la pérdida de la comunidad de sentido y su sustitución por comunidades que el autor denomina de guardarropa¹⁶. Por lo mismo Bauman va a señalar que la vida líquida ha llevado a una pérdida de estabilidad y de arraigo en la vida de las personas, generando un creciente sentimiento de inseguridad y vulnerabilidad que le impide al sujeto posmoderno encontrar su lugar en el mundo y asentarse en él de manera sólida y permanente, esto marcado por un cambio radical en la relación entre espacio y tiempo que determina la aceleración inexorable de todos los procesos a partir de los cuales se despliega la vida en la sociedad líquida¹⁷. Todo se hace inmediato y pasajero y, por lo mismo, no hay lugar para lo estable. Así, todas las relaciones sociales caen, inexorablemente, en una dinámica constante y cada vez más acelerada de desocialización.

¹⁴ Ibid, 127.

¹⁵ Ibid, 137.

¹⁶ Cf. Ibid, 210-212.

¹⁷ Cf. Ibid, 14.

Para profundizar esta idea, a continuación, analizaremos la perspectiva filosófica del pensador francés Giles Lipovetsky que, a nuestro entender, entrega un fecundo correlato al análisis epocal de acaba de ofrecernos Zygmunt Bauman.

Lipovetsky y la sociedad narcisista

Al acercarnos a la obra del pensador Giles Lipovetsky nos encontramos con un agudo análisis de la sociedad posmoderna, caracterizada por lo que él denomina *hipermodernidad* (Lipovetsky, 2006). Para el autor francés, lo que se está verificando actualmente sería una segunda revolución individualista¹⁸, representada por el paroxismo de la autoafirmación narcisista y de la indiferencia que acompaña a las relaciones sociales¹⁹. Para Lipovetsky se ha dejado atrás un tiempo en donde las relaciones sociales estaban determinadas por estándares y patrones uniformes que tenían por objeto disminuir al mínimo e incluso eliminar particularidades o preferencias singulares. Hoy se ha desintegrado el ideal de subordinación de lo individual a reglas racionales colectivas que caracterizó a la modernidad²⁰, dando paso a una sociedad posmoderna marcada por un cambio de rumbo de los objetivos y modalidades de la socialización, lo que favorece el surgimiento de un individualismo hedonista que no encuentra ninguna oposición posible, dando por terminados la era de los grandes y significativos cambios estructurales. Esto, que en la perspectiva de Charles Taylor corresponde al lado oscuro del individualismo²¹, para Lipovetsky genera una indiferencia de masa²², caracterizada por un constante sentimiento de quietud, estancamiento y repetición, que encuentra su colorario en la promoción constante de una autonomía privada que aboga por el desinterés ante cualquier proyecto histórico movilizador que no esté configurado en clave individualista. De esta manera, para nuestro autor, en la época actual coexisten con cierta naturalidad aparentes contradicciones existenciales: La posmodernidad es a la vez sincrética, convivencial y vacía. Placer, paz interior y perversión coexisten sin contradicción (Daros, 2017). Se da de este modo un eclecticismo cultural relativo que domina las formas sociales. Esto no implica que en la sociedad posmoderna haya una carencia total de sentido,

¹⁸ Cf. Lipovetsky 2003, 5.

¹⁹ Cf. Ibid, 41.

²⁰ Cf. Ibid, 7-8.

²¹ Cf. Taylor 1994, 40.

²² Cf. Lipovetsky 2003, 9.

sino más bien que el sentido al que se vuelca el individuo posmoderno radica en la autoafirmación y su cada vez más proclamado derecho a la autorrealización. Así, para el autor, la postmodernidad es un período histórico en el que la conciencia narcisista termina sustituyendo a la conciencia de clase (Alonso y Fernández, 2010). De este modo, el ícono mitológico que emerge como símbolo que mejor describe al individuo posmoderno es Narciso. Aquí, por tanto, lo que se manifiesta en la posmodernidad es una mutación antropológica que proyecta un nuevo tipo de individualismo de carácter puro, anclado en un capitalismo hedonista y permisivo, que es descrito por el autor en los siguientes términos:

Hoy se verifica una mutación antropológica que se realiza ante nuestros ojos y que todos sentimos de alguna manera, aunque sea confusamente. Aparece un nuevo estadio del individualismo: el narcisismo designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con él mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo, en el momento en que el «capitalismo» autoritario cede el paso a un capitalismo hedonista y permisivo, acaba la edad de oro del individualismo, competitivo a nivel económico, sentimental a nivel doméstico, revolucionario a nivel político y artístico, y se extiende un individualismo puro, desprovisto de los últimos valores sociales y morales que coexistían aún con el reino glorioso del homo economicus, de la familia, de la revolución y del arte; emancipada de cualquier marco trascendental, la propia esfera privada cambia de sentido, expuesta como está únicamente a los deseos cambiantes de los individuos (Lipovetsky 2003, 50).

Esta proclama fundamental de la sociedad posmoderna no elimina los vínculos, sino que los integra en el ámbito de lo meramente pasajero, miniaturizando los proyectos colectivos y las relaciones sociales e instrumentalizando las instituciones en vistas a intereses jibarizados, permitiendo el surgimiento de un nuevo narcisismo: el narcisismo colectivo, descrito por Lipovetsky de la siguiente manera:

Narcisismo colectivo: nos juntamos porque nos parecemos, porque estamos directamente sensibilizados por los mismos objetivos existenciales. El narcisismo no sólo se caracteriza por la autoabsorción hedonista sino también por la necesidad de reagruparse con seres «idénticos», sin duda para ser útiles y exigir nuevos derechos, pero también para liberarse, para solucionar los

problemas íntimos por el «contacto», lo «vivido», el discurso en primera persona (Lipovetsky 2003, 14).

Este neonarcisismo, que declara el fin de *homo politicus* y el surgimiento del *homo psicologicus*²³, se despliega en clave de relaciones de seducción, en donde el ego y la búsqueda del propio interés desmovilizan al sujeto del espacio público y lo conducen a la exacerbación de lo privado, incluso en clave grupal, pues los grupos que se constituyen como gestores de la vida social y catalizadores de lo público son los que, paradójicamente, facilitan este aislamiento existencial y la indiferencia apática que caracteriza al sujeto posmoderno (Campusano, 2009). ¿Cómo se promueve esta indiferencia? Lipovetsky responde: por saturación, información y aislamiento. De este modo, el narciso posmoderno es un desertor de los valores e instituciones sociales, lo que lleva a la extrañeza absoluta del otro. Su mundo se vuelve un desierto de autonomía que intercala el deseo de soledad con el miedo a la soledad:

Después de la deserción social de los valores e instituciones, la relación con el Otro es la que sucumbe, según la misma lógica, al proceso de desencanto. El Yo ya no vive en un infierno poblado de otros egos rivales o despreciados. Lo relacional se borra sin gritos, sin razón, en un desierto de autonomía y de neutralidad asfixiantes. La libertad, como la guerra, ha propagado el desierto, la extrañeza absoluta ante el otro. «Déjame sola», deseo y dolor de estar solo. Así llegamos al final del desierto; previamente atomizado y separado, cada uno se hace agente activo del desierto, lo extiende y lo surca, incapaz de «vivir» el Otro. No contento con producir el aislamiento, el sistema engendra su deseo, deseo imposible que, una vez conseguido, resulta intolerable: cada uno exige estar solo, cada vez más solo y simultáneamente no se soporta a sí mismo, cara a cara. Aquí el desierto ya no tiene ni principio ni fin (Lipovetsky 2003, 48).

Este desierto sin principio ni fin en que se adentra inexorablemente el individuo posmoderno le lleva, en clave narcisista, a desertar de los valores fundamentales y de las configuraciones sociales en pos del proceso de hiperpersonalización y aislamiento a la carta en que inevitablemente se ve envuelto. Se cae de este modo en lo que el autor llama el imperio de lo

²³ Cf. Ibid, 51.

efímero²⁴, en donde las instancias comunitarias, públicas y políticas se van convirtiendo cada vez más en lugares para la satisfacción de fugaces intereses individuales, a veces colectivizados, pero siempre miniaturizados, con un ascendente desmoronamiento de lo social. De esta manera, la sociedad posmoderna emerge como un espacio para la autonomía radical, para el narcisismo individual y colectivo y para una satisfacción momentánea de ciertos gustos que, en clave seductora, nos ofrece la sociedad. Aquí no hay espacio para la narración compartida, para el surgimiento de lo público y, en definitiva, para la vida en comunidad. Se decreta, por tanto, la desocialización.

Esta descripción epocal, muy en línea con la que anteriormente nos ofreció Zigmunt Bauman, entrega valiosas pistas para comprender el fenómeno de la desocialización como característica propia de la posmodernidad. Estos diagnósticos serán a continuación complementados con la reflexión en torno a la desnarrativización de la sociedad que realiza el filósofo Byung-Chul Han. A esta idea nos remitiremos a continuación.

Byung-Chul Han y la sociedad desnarrativizada

Para el filósofo alemán de origen surcoreano Byung-Chul Han la actual sociedad, que él llama tardomoderna, se caracteriza por estar atravesando una profunda crisis cultural. No sólo los individuos, sino también los grupos e incluso las sociedades experimentan una pérdida de sentido y de perspectivas de futuro, manifestada en una sostenida ausencia de símbolos y significados. De esta manera, para el autor, la sociedad se presenta desritualizada (Han, 2019), cansada (Han, 2012), paliativa (Han, 2021) y transparente (Han, 2014). Para Han estos rasgos de la sociedad, si bien tienen muchas explicaciones y deben ser analizados desde distintas perspectivas tienen, a la base, una profunda crisis de la narración.

La narración es entendida por Han como aquel cohesionador social que llena de sentido a una comunidad y le ofrece el marco general para una configuración estable y duradera. La narración es tradición, presente y futuro. Todas las grandes culturas y sociedades prevalecieron en la historia gracias a un sustrato narrativo que les dio su lugar en el mundo. Ahora bien, en la sociedad tardomoderna, en la era del *fin de los grandes relatos* (Lyotard, 1987) la narración ha entrado en crisis. Esta no es una crisis cualquiera, sino que emerge, propiamente, como una crisis existencial. Así lo señala Byung-Chul Han al decirnos que:

²⁴ Cf. Lipovetsky 1996, 300.

La crisis existencial de la modernidad, como crisis de la narración, se debe a que vida y narración van cada una por su lado. Esta crisis se resume en vivir o narrar. Ya no parece que la vida sea narrable. (Han 2023, 52).

Esta pérdida de la narración, característica esencial de la sociedad actual, ha decantado insoslayablemente en una pérdida de sentido. Por eso Han señala que esta crisis es existencial, pues lo que se pierde es el fundamento de lo existente y, por lo mismo, se cae en una profunda crisis identitaria. Todo lo sólido se desvanece en el aire (Berman, 2011) y ya no hay nada que pueda ser significativamente narrado. La actual moda del storytelling es manifestación, precisamente, de esta crisis de la narración. Estas surgen como expresión de la desaparición de la capacidad narrativa de las sociedades:

En los tiempos en que las narraciones nos acomodaban en el ser, es decir, cuando ellas nos asignaban un lugar y hacían que estar en el mundo fuera para nosotros como estar en casa, porque daban sentido a la vida y le brindaban sostén y orientación, o sea, cuando la vida misma era una narración, no se hablaba de storytelling ni de narrativas. Se hace uso inflacionario de estos conceptos precisamente cuando las narraciones han perdido su fuerza original, su gravitación, su misterio y hasta su magia (Han 2023, 12).

Este uso exacerbado de las nuevas formas narrativas posmodernas vacías y sin horizonte de permanencia testifica que nos encontramos atravesando una era posnarrativa caracterizada por la pérdida, no sólo de prácticas propia y abiertamente narrativas, sino también de todas las que pueden ser consideradas con alcances narrativos como, por ejemplo, los rituales. Los rituales son un cohesionador social, son lugares de sentido, son espacios para la comunidad y su despliegue narrativo. Su simbolismo transmite valores y da estabilidad a la vida, generando una de las sensaciones más necesarias para la existencia humana: la sensación de estar en casa. Al desaparecer los símbolos y las narrativas, desaparecen los lugares en donde se gesta una comunidad de sentido y, de este modo, se pierde el carácter comunitario de la existencia. Cuando se narra, se narra no solo una historia, sino que se narra un sentido de pertenencia que se plasma en costumbres, ritos, mitos y símbolos que afianzan relaciones sociales y comunitarias. Por esto mismo es que vínculos sociales significativos como por ejemplo la amistad son, para Byung-Chul Han un

acto propiamente narrativo (Bellver y Romero-Wenz, 2022) y es desde la cultura de la amabilidad (Almeyda, 2022) que las relaciones sociales pueden alzarse más allá de la inmediatez. Es de esta manera que la narración unifica pasado y presente, materializando, de este modo, una tradición que permite mantener viva la racionalidad discursiva de la sociedad permitiendo la gesta de instancias sociales permanentes y duraderas.

¿De dónde proviene esta crisis de la narración que atraviesa actualmente la sociedad tardomoderna? Para Byung-Chul Han la respuesta debe buscarse en el exceso de información que satura a la sociedad y a los individuos que la componen. El sujeto y cualquier expresión de sentido comunitario desaparecen en medio de la febril nebulosa de datos e información que nos acompañan y rodean cotidianamente. La narración es pausada, se detiene y reposa. Cuenta una historia y se toma el tiempo que sea necesario para hacerlo, dando espacio para que surja lo que el autor denomina el aroma del tiempo (Han, 2015). La información, en cambio, es vertiginosa, aditiva y acumulativa. No cuenta historias, sino que más bien entrega datos acelerados, sin espacio para detenerse en medio de ese frenesí informativo y, por lo tanto, sin expeler ese aroma que el tiempo puede ofrecer. En este sentido, narración e información no son compatibles como momentos gestores de una comunidad de sentido. Por esto Han va a afirmar que narración e información emergen como fuerzas opuestas, constituidas ontológicamente de manera distinta:

Narración e información son fuerzas contrarias. La información agrava la experiencia de que todo es contingente, mientras que la narración atenúa esa experiencia, convirtiendo lo azaroso en necesario. La información carece de firmeza ontológica. Ser e información se excluyen. A la sociedad de la información le es inherente una carencia de ser, un olvido del ser. La información es aditiva y acumulativa. No transmite sentido, mientras que la narración está cargada de él. Sentido significa originalmente dirección. Así pues, hoy estamos más informados que nunca, pero andamos totalmente desorientados. Además, la información tocea el tiempo y lo reduce a una mera sucesión de tiempos presentes. La narración, por el contrario, genera un continuo temporal, es decir, una historia (Han 2023, 15).

Hoy todo debe ser vivido en tanto novedad constante y aceleración sin pausa. La información no da tregua y debe, por su misma dinámica interna, circular velozmente y sin detenerse. Esto impide que surjan

narrativas que den sentido y cohesión a la vida. En donde todo debe ser actual y actualizado constantemente se cae en el olvido del ser. Esto lleva a una inevitable desestabilización de la vida. Es en este sentido que Byung-Chul Han va a señalar que esta crisis de la narración es fruto de una sociedad que ha dejado atrás todos los procesos que demanden pausa, detención y reposo y que, por tanto, ha perdido sus referencias históricas y sus perspectivas a futuro. A esta sociedad él la denomina sociedad de la información (Han, 2022). Y es que para Han, en virtud de esta crisis narrativa descrita con anterioridad, lo que se está verificando en las últimas décadas en occidente es una nueva etapa en el establecimiento de lógicas sociales de control y dominación. Se está dando el paso de un régimen de control de los cuerpos denominado biopolítica (Foucault, 1999), en donde el sistema imponía control, sumisión y disciplina en clave de aislamiento y vigilancia de corte panóptico, a un nuevo régimen: el régimen de la información. Este nuevo régimen es descrito por el autor en los siguientes términos:

Llamamos régimen de la información a la forma de dominio en la que la información y su procesamiento mediante algoritmos e inteligencia artificial determinan de modo decisivo los procesos sociales, económicos y políticos (Han 2022, 9).

Todo esto marca una nueva lógica desde la cual se establece el poder. Las nuevas fuentes de poder capitalista ya no están, principalmente, centradas en la producción industrial de bienes, como lo fue en años del capitalismo industrial. Sino más bien hoy la fuente del poder capitalista está marcada por la producción y circulación de información. Actualmente la sociedad está obsesionada con la información y se produce y reproduce constantemente en tanto circulación constante y acelerada de información. Esto marca el surgimiento de un nuevo capitalismo, un capitalismo de los datos, un capitalismo de la información. Todo esto configura a un nuevo sujeto autoafirmado, ya no como alguien sumiso y obediente sometido al control de su cuerpo por parte del ente vigilante y castigador como era en tiempos de la biopolítica, sino más bien a un sujeto que se cree libre, auténtico y creativo, que se produce y se realiza a sí mismo (Han, 2022). De esta manera lo que se da en la actualidad no es un sistema que busca el aislamiento y la distancia entre los individuos, sino más bien lo que ahora se promueve es la hiperconexión de sujetos virtuales. Esta conexión, lejos de ser congregación que produce un nosotros, genera una multitud sin alma, sin vínculos estables y significativos. Esta hiperconexión acelerada, fruto de la dinámica vertiginosa a través de la cual se despliega la

información, emerge como un nuevo panóptico, ofreciendo un marco, ahora invisible, para las lógicas de dominio y control social. Esta invisibilidad del sistema contrasta con la hipervisibilidad a la que se someten, voluntariamente, los individuos en el régimen de la información. Esta nueva disciplina, anclada en una exposición continua y voluntaria a la telepantalla manual (smartphone), abre la puerta a un proceso de configuración antropológica que determina nuevas conductas humanas, tanto a nivel individual como a nivel colectivo y que, por lo mismo, decanta en el surgimiento de una nueva lógica política, ya no sostenida en clave de biopolítica, como sucedía en el régimen del control de los cuerpos, sino más bien en clave de psicopolítica. Esta nueva psicopolítica se estructura y consolida a partir de un soporte de redes abiertas que Han describe de la siguiente manera:

En la sociedad de la información, los medios de reclusión del régimen de disciplina se disuelven en redes abiertas. El régimen de la información se rige por los siguientes principios topológicos: las discontinuidades se desmontan en favor de continuidades, los cierres se sustituyen por aperturas y las celdas de aislamiento por redes de comunicación. La visibilidad se establece ahora de manera completamente diferente: no a través del aislamiento, sino a través de la creación de redes. La tecnología de la información digital hace de la comunicación un medio de vigilancia. Cuantos más datos generemos, cuanto más intensamente nos comuniquemos, más eficaz será la vigilancia. El teléfono móvil como instrumento de vigilancia y sometimiento explota la libertad y la comunicación. Además, en el régimen de la información, las personas no se sienten vigiladas, sino libres. De forma paradójica, es precisamente la sensación de libertad la que asegura la dominación (Han 2023, 14).

De este modo es esa sensación de libertad la que empuja a los individuos a exponerse voluntariamente a la vigilancia ejercida por el régimen de la información, dando paso a lo que autores han denominado *Capitalismo de la vigilancia* (Zuboff, 2021). Así, la vigilancia ya no se da en clave de superestructura visible y evidente, como lo grafica tan lúcidamente la novela *1984* con la imagen distópica del Gran Hermano (Orwell, 2016) sino que ahora, más bien, el control se produce y reproduce a sí mismo, volviéndose cotidiano, sutil y siendo voluntariamente aceptado. Esa necesidad interior es fomentada por la misma lógica del sistema. Y es que con cada publicación que hacemos en las redes sociales

señalando nuestros gustos, mostrando los lugares que frecuentamos, presentando a las personas que nos acompañan e incluso exhibiendo lo que vestimos y comemos, vamos ofreciéndole al régimen de la información su material para el control. Esto marca una clara distancia respecto del antiguo régimen disciplinario:

En el régimen de la disciplina, se obligaba a las personas a estar expuestas a la visibilidad, en cambio, en el régimen de la información, las personas se esfuerzan por alcanzar la visibilidad por sí mismas. Los internos del panóptico disciplinario procuran evitar la exposición. Mientras los sujetos en el régimen de la información se colocan de manera voluntaria ante el foco, incluso desean hacerlo (Han 2023, 15).

Esto determina el surgimiento en una sociedad sin espacio para la vida privada o para la más mínima intimidad. Esta sobreexposición voluntaria no es solo individual, sino que es, ante todo, social y colectiva. Lo propio del régimen de la información es la constante exposición en la que se sostiene la vigencia social de los individuos y los grupos. El régimen de la información genera inevitablemente, por tanto, una sociedad transparente, la cual gesta individuos transparentes involucrados en relaciones transparentes. Esta transparencia emerge no como un elemento aislado o secundario del régimen de la información, sino más bien se alza como un aspecto constitutivo del mismo. La información, para circular libremente y sin pausa, necesita ser canalizada de manera transparente y, de este modo, la transparencia se hace imperativa, fundada en la apariencia de libertad de la que se encuentran autoconvencidos los sujetos de la sociedad de la información. Pero ¿qué es lo realmente libre en el régimen de la información? Han lo señala con claridad:

En el régimen de la información, no son las personas las realmente libres, sino la información. La paradoja de la sociedad de la información es que las personas están atrapadas en la información. Ellas mismas se colocan los grilletes al comunicar y producir información. La prisión digital es transparente (Han 2023, 15).

Esta transparencia de la prisión digital invita a una constante sobreexposición. De este modo, el control ya no es ejercido sobre el cuerpo, como acontecía en la sociedad industrial biopolítica, sino más bien ahora el cuerpo es explotado comercialmente, siendo constantemente expuesto a la opinión y aprobación de los demás (fitness, belleza corporal,

filtros estéticos virtuales, realities, etc.). La sociedad se vuelca de este modo a la exposición, a la publicidad, en definitiva, a la transparencia. Se pasa de la primacía de lo arcano, lo sagrado, lo íntimo o privado, a la primacía de la exposición, de lo visible, de lo transparente. Todo esto se hace de manera suave y seductora (Lipovetsky, 2020), pues el sujeto transparente se ofrece a sí mismo para ser expuesto, teniendo siempre a mano su propio panóptico digital:

En el régimen de la información, el dominio se oculta fusionándose por completo con la vida cotidiana. Se esconde detrás de lo agradable de los medios sociales, la comodidad de los motores de búsqueda, las voces arrulladoras de los asistentes de voz o la solícita servicialidad de las smatters aplicaciones. El smartphone está demostrando ser un eficaz informante que nos somete a una vigilancia constante. Los smartphones transforman todo el hogar en una prisión digital que registra de manera minuciosa nuestra vida cotidiana (Han 2023, 7).

Esta nueva prisión digital que se constituye con apariencia de libertad ofrece un nuevo formato para las relaciones personales y sociales. De aquí que se establezca un nuevo molde para la ritualización de la vida. Se va dando paulatinamente por superada la experiencia ritual clásica que acompañaba el proceso de incorporación y participación en las dinámicas sociales, culturales y religiosas tradicionales y que se gestaba a partir de símbolos, signos y narraciones. Esta desaparición de los antiguos rituales se da producto de la imperiosa necesidad de producción que demanda el régimen de la información, lo que abre la puerta a la era de los nuevos rituales a los que se consagran los individuos: rituales superficiales, transparentes y autorreferenciales. Lúcidamente Han describe este fenómeno al señalar que:

Los individuos de la sociedad de la transparencia y del régimen de la información participan en una eucaristía digital. Los medios de comunicación social son como la Iglesia: el *like* es el amén. Compartir es la comunión. El consumo es la redención (Han 2023, 19).

Todo esto tiene, insoslayablemente, consecuencias antropológicas en lo que a la identidad personal del sujeto posmoderno se refiere, pues esta mercantilización del propio individuo se manifiesta en la pérdida de sentido y el vacío existencial que acompaña todo este proceso de digitalización acelerada. Nos creemos libres, pero estamos sometidos a

toda hora a una protocolización para el control de la conducta psicopolítica. Aquí se alza una de las dimensiones más preclaras del sistema informático dominante, abriendo las puertas para el surgimiento de un nuevo régimen total que aspira a dominar todas las dimensiones de la existencia: nos referimos al dataísmo. Este sistema emerge como un proyecto de alcances totalitarios (Han, 2022) que ejerce una lógica de dominio que ya no aspira a controlar los cuerpos de los individuos, sino más bien sus mentes y, en última instancia, su conciencia. El totalitarismo dataísta influye en el comportamiento y en las decisiones de los sujetos que viven bajo el régimen de la información. Esta psicopolítica tiene como eje articulador de la relación de dominio al medio de comunicación que ejerce el control de las redes de información de modo omnipresente y, por tanto, totalitario. ¿Dónde está localizada la relación de dominio en la actualidad? Básicamente ¿dónde encontramos hoy la matriz del poder? La respuesta que da Byung-Chul Han es clara y consecuente con la línea de argumentación que hemos venido desarrollando: hoy el poder es la información y quien posee la información y puede movilizarla, es quien ejerce el control. De este modo, lo que se decreta en la sociedad de la información no es sólo el fin de la narración, sino también el fin de la alteridad y de los vínculos sociales profundos y significativos. Se decreta, en definitiva, el fin de la comunidad: estamos, por tanto, en presencia de la inevitable desocialización.

Conclusión

Como hemos buscado constatar, la modernidad se caracterizó por una serie de cambios esenciales en múltiples áreas de la existencia humana, lo que desplegó un proceso a partir del cual el individuo fue perdiendo esas certezas y espacios identitarios desde los cuales se posicionaba en el mundo y se vinculaba socialmente en los siglos anteriores. Esto fue gestando una sociedad posmoderna que, al ser dada a luz, presentó los rasgos que han sido descritos en este trabajo: sociedad líquida (Bauman), sociedad narcisista (Lipovetsky) y sociedad desnarrativizada (Han). De una sociedad con estas características ha surgido un sujeto posmoderno difícil de clasificar, pero que posee rasgos coherentes con la sociedad en la que despliega su proyecto vital: es un sujeto líquido, narcisista y desnarrativizado que tiende, inexorablemente, a la desocialización. Esto en virtud de que este sujeto líquido se moviliza con velocidad por distintos espacios e instancias referenciales, sin encontrar en ninguna de ellas su lugar en el mundo y sin detenerse en esa marcha frenética de cambio y de nuevos comienzos que fluye constantemente. Este narciso posmoderno se

vincula, principalmente, a partir de un desplazamiento momentáneo e individualista hacia relaciones de seducción, en donde el ego y la búsqueda del propio interés lo desmovilizan del espacio público y lo conducen a la exacerbación de lo privado, también en clave colectiva. De este modo incluso los grupos que se constituyen como gestores de la vida social y catalizadores de lo público son los que, paradójicamente, facilitan este aislamiento existencial y la indiferencia apática que caracteriza al sujeto posmoderno. Este sujeto desnarrativizado se alza al mismo tiempo como alguien autoafirmado a partir del exceso de información que le acompaña y le obliga constantemente a producir más y más información. Esto le impide narrar una historia que le haga verdadero sentido. De este modo se ve constantemente sobreexposto e hiperconectado, explotándose y sobreexponiéndose constantemente a sí mismo. De este modo, en esta sociedad líquida, narcisa y desnarrativizada, los vínculos sociales, las instancias ciudadanas, la participación en grupos y comunidades de sentido se hacen cada vez más difíciles de producir y conservar. Son estos rasgos propuestos por los filósofos a los que le hemos dado la palabra en este trabajo, los que a nuestro parecer sintetizan las lógicas y características fundamentales de la así denominada desocialización, como característica fundamental de la sociedad posmoderna, dando cuenta de este modo de la total validez que el tema de la posmodernidad tiene para la reflexión filosófica en la actualidad.

Referencias bibliográficas:

- Almeyda J. (2022), “Prácticas de la amabilidad: una interpretación del pensamiento de Byung-Chul Han”, *Areté*, volumen 34, número 2, jul./dic. 2022, pp. 291-318. Recuperado el 02 de febrero de 2024 de: <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/arete/article/view/26315>
- Alonso L y Fernández C. (2010), “Consumo e hipermodernidad: una revisión de la teoría de Gilles Lipovetsky”. *Anuario Filosófico*, XLIII/2, 2010, pp. 325-351. Recuperado el 21 de enero de 2022 de: <https://revistas.unav.edu/index.php/anuario-filosofico/article/view/1393/1273>
- Arenas L. (2011), “Zygmunt Bauman: paisajes de la modernidad líquida”, *Daimón*, número 54, 2011, pp. 111-124. Recuperado el 12 de abril de 2023 de: <https://revistas.um.es/daimon/article/view/152461/134761>
- Bauman Z. (2005) *Vida líquida*, Barcelona, Editorial Austral.
- Bauman Z. (2008) *Vida de consumo*, Ciudad de México, Fondo de

cultura económico.

- Bauman Z. (2013) *La sociedad sitiada*, Ciudad de México, Fondo de cultura económico.
- Bauman Z. (2015) *La Globalización*, Ciudad de México, Fondo de cultura económico.
- Bauman Z. (2020) *Modernidad líquida*, Ciudad de México, Fondo de cultura económico.
- Bell D. (2015) *El final de la ideología*, Madrid, Alianza editorial.
- Bellver V y Romero-Wenz L. (2022), “Byung-Chul Han: La sociedad transparente digital o el infierno de lo igual”, *SCIO*, número 23, diciembre 2022, pp. 151-184. Recuperado el 23 de mayo de 2024 de: <https://revistas.ucv.es/scio/index.php/scio/article/view/1102/1104>
- Campusano, Mario. (2009), “La postmodernidad y su influencia en los individuos, los conjuntos sociales, la psicopatología y el psicoanálisis”, *Vínculo*, volumen 6, número 1, junio 2009. Recuperado el 20 de noviembre de 2023 de: <https://www.academia.edu/85305947>
- Cotarelo R. (2004), “Las complacencias de la posmodernidad son un ejercicio de irrelevancia”. *Aula Historia Social*, número 12, febrero 2004, pp. 67-79. Recuperado el 02 de marzo de 2022 de: <https://www.histodidactica.com/las-complacencias-de-la-posmodernidad-son-un-ejercicio-de-irrelevancia/>
- Chapsal M. (2022), “Diagnosis del hombre actual: La propuesta de Zygmunt Bauman”. *Revista de filosofía USCS*, volumen 21, número 1, enero-junio 2022, pp. 9-37. Recuperado el 18 de enero de 2024 de: <https://revistas.ucsc.cl/index.php/revistafilosofia/article/view/1612>
- Daros W. (2017), “Posmodernidad y educación en la concepción de G. Lipovetsky”, *Revista de filosofía Universidad de Costa Rica*, volumen 56 número 144, 2017, pp. 11-20. Recuperado el 03 de abril de 2022 de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5736546>
- Flores R y Villalobos G. (2006), “Entre la modernidad y la posmodernidad. Juventud y educación superior”, *Educere*, volumen 10, número 34, pp. 405-413. Recuperado el 08 de septiembre de 2024 de: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/educere/article/view/11647>

- Fforde M. (2013) *Desocialización, la crisis de la posmodernidad*, Madrid, Encuentro.
- Follari R. (2010), “Reflexiones sobre posmodernidad, multiculturalismo y movimientos sociales en la Latinoamérica actual”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, volumen 15, número 49, 2010, pp. 53-67. Recuperado el 21 de mayo de 2024 de: <https://red.pucp.edu.pe/ridei/files/2015/06/150616.pdf>
- Foucault M. (1999) *Vigilar y castigar*, Barcelona, Opera Mundi
- García-Valdecasas, J.I. (2017), “Zygmunt Bauman: Una voz sólida en una sociedad líquida”, *Razón y Fe*, volumen 275, número 1424-1423, mayo-junio 2027, pp. 451-460. Recuperado el 30 de noviembre de 2023 de: <https://revistas.comillas.edu/index.php/razonyfe/article/view/9341>
- González F. (2007), “Posmodernidad y subjetividad: distorsiones y mitos”, *UTP*, número 377, diciembre 2007, pp. 7-25. Recuperado el 05 de enero de 2024 de: http://www.fernandogonzalezrey.com/images/PDFs/producao_bibli/fernando/artigos/teoria_da_subjetividade/Posmodernidad_y_subjetividad.pdf
- González, Noé. (2007), “Bauman, identidad y comunidad”, *Espiral*, volumen 14, número 40, septiembre – diciembre 2007, pp. 179-198. Recuperado el 12 de octubre de 2023 de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13804007>
- Han B. (2012) *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder.
- Han B. (2015) *El aroma del tiempo*, Barcelona, Herder.
- Han B. (2019) *La desaparición de los rituales*, Barcelona, Herder.
- Han B. (2021) *La sociedad paliativa*, Barcelona, Herder.
- Han B. (2023) *La crisis de la narración*, Barcelona, Herder.
- Herrera M. (2000), “Representaciones de la sociedad: de la modernidad a la posmodernidad”, *Papers*, número 61, pp. 163-190. Recuperado el 21 de mayo de 2023 de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=45709>
- Lipovetsky G. (1996a) *La felicidad paradójica*, Barcelona, Anagrama.
- Lipovetsky G. (1996b) *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama.
- Lipovetsky G. (2003) *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
- Lipovetsky G. (2006) *Tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama.

- Lyotard J.F. (1987) *La condición postmoderna*, Madrid, editorial Teorema.
- Magallón M. (2013), “El problema del sujeto en la posmodernidad occidental”, *Análisis*, número 83, julio-diciembre 2013, pp. 381-408. Recuperado el 12 de marzo de 2022 de: <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/analisis/issue/view/175>
- Medina F. (2010), “La posmodernidad: una nueva sensibilidad”, *Escritos*, volumen 18, número 41, julio-diciembre 2010, pp. 492-540. Recuperado el 21 de diciembre de 2023 de: <https://revistas.upb.edu.co/index.php/escritos/article/view/6749>
- Orwell G. (2016) *1984*, Barcelona, Debolsillo.
- Palarés M y Chica O. (2018), “El lugar del individuo en la era post-moderna. Sociedad, educación y ciudadanía tras la postmodernidad”, *Pensamiento*, volumen 74, número 282, pp. 835-852. Recuperado el 31 de enero de 2024 de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6752229>
- Puentes, J. (2022), “Lo posmoderno, una clarificación conceptual”, *Revista Humanidades*, volumen 12, número 2, pp. 151-174. Recuperado el 07 de mayo de 2024 de: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/humanidades/article/view/51303>
- Rodríguez-López R. (2024) “La extensión de la psicología en la cultura: desocialización y terapeutización de los problemas sociales”, *Athenea*, volumen 24, número 2. Recuperado el 02 de octubre de 2024 de: <https://atheneadigital.net/article/view/v24-n2-rodriguez>
- Taylor Ch. (1994) *Ética de la autenticidad*, Barcelona, Paidós.
- Vásquez A. (2011), “La Posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los meta relatos”, *Nómadas*, volumen 29, número 1, enero-junio 2011, pp. 285-300. Recuperado el 12 de junio de 2024 de: <https://www.redalyc.org/pdf/181/18118941015.pdf>
- Vásquez, A (2008), “Zygmunt Bauman: Modernidad Líquida y Fragilidad Humana”, *Nómadas*, volumen 19, número 3. Recuperado el 10 de mayo de 2024 de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2662897>
- Vattimo G. (1985) *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona, Gedisa.

- Zuboff S. (2021) *La era del capitalismo de la vigilancia*, Barcelona, Paidós

Recibido el 2 de mayo de 2024; aceptado el 23 de julio de 2025.